

STÉPHANE CHAUMET

**EL PARAÍSO DE
LOS VELOS**

(CRÓNICAS SIRIAS 2004-2005)

TRADUCCIÓN DE MANUEL ARRANZ

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

ESTA OBRA SE BENEFICIO DEL P. A. P. GARCÍA LORCA,
PROGRAMA DE PUBLICACIÓN DEL SERVICIO DE COOPERACIÓN Y DE ACCIÓN CULTURAL
DE LA EMBAJADA DE FRANCIA EN ESPAÑA
Y DEL MINISTERIO FRANCÉS DE ASUNTOS EXTERIORES

OUVRAGE PUBLIÉ AVEC LE SOUTIEN DU
CENTRE NATIONAL DU LIVRE - MINISTÈRE FRANÇAIS CHARGÉ DE LA CULTURA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: octubre de 2016

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Fotografía de la cubierta: *Damasco* ©Stéphane Chaumet

© Éditions du Seuil, 2013
© de la traducción: Manuel Arranz
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2016
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-16906-04-8 • DEPOSITO LEGAL: V-2205-2016

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

*A mis amigos sirios
por su incomparable generosidad.*

A Rasha M.

“Todo lugar que no se feminiza no vale nada.”

IBN ARABI

“Y luego llegará un día,
en que se os pedirán cuentas
de vuestros placeres pasados.”

EL CORÁN, CII, 8

CURIOSO VELO

Se dice que Mahoma desvió la mirada de la cima del monte Qassium para no caer bajo la tentación de Damasco y no cambiar el paraíso terrenal por el paraíso celestial. Hoy día las parejas acuden a estas cimas para contemplar el pequeño infierno urbano –salpicado por la noche de puntos verdes que proyectan una profusión de faros que supuestamente guían a las almas– y arrebatar furtivamente algo de los placeres terrenales, a pesar de que los ángeles negros de las costumbres, los Mukhabarat, velen socarronamente. En Siria tenemos el mal de ojo y los miles de ojos de Mukhabarat.

Encontrar un lugar tranquilo en los peñascos del Qassium no es fácil. Vigilancia, voyeurismo, o las dos cosas a la vez, entre el placer de molestar y el de cotillear, siempre hay algunos chicos, de entre veinte y treinta años, que han superado mal la adolescencia, frustrados porque ninguna chica ha querido acompañarlos, que merodean por el lugar –cuando no son los niños los que se os pegan hasta conseguir que se les compre un paquete de chicles–. Imposible ir sencillamente a mi hotel, o a cualquier otro, ya que aunque el pasaporte de Dalia es tunecino en él figura su dirección de Damasco. Imposible ir adonde vive ella, una habitación alquilada en una familia siria. Los que tienen la suerte de tener un coche se alejan un poco de Damasco, y cada cual encuentra su rincón.

De un coche descienden otros jóvenes, que se acercan. Es agotador. Dalia teme sobre todo a los agentes del Mukhabarat, pues no quiere problemas. Nos arreglamos la ropa, se acurruca contra mí, hace un poco de fresco, nos cogemos las manos. Me pregunta si estoy casado. Le cuento mi situación. ¿Y ella? Nadie sabe que ha estado casada. ¡Un mes! Nadie, ni aquí, ni en Túnez. Porque, como ahora vive sola, nadie la respetaría y todo el mundo trataría de probar suerte con ella.

—Un tunecino. Parecía estar enamorado. Nos veíamos a menudo, él siempre quería hacer el amor, yo también por cierto, y vivir conmigo, no paraba de repetirlo, pero conozco a los árabes, y yo no quería entregarme así como así. Entonces nos casamos en la mezquita; lo demás, los papeles, fue muy complicado. Por casualidad me enteré que tenía una mujer en Túnez y un hijo. Yo hubiera podido aceptar esa situación, pero no que me mintiese, que me mintiese, no. Juraba que quería estar conmigo, que quería dejar a su mujer, a la que no veía más que una vez al año de todas maneras. Yo le creía, pero ésa no era la cuestión. ¿Por qué los hombres necesitan mentir? No le pedía que me prometiese nada, habría podido confiarme sus dudas, su situación, así al menos yo habría podido escoger, escoger entre tener una relación o no con él, dadas sus circunstancias. Pero no tenía confianza en mí, ni tampoco en él. De hecho, ha traicionado a todo el mundo, incluido a sí mismo.

Esto ocurrió el año pasado. Mucho antes, en Túnez, Dalia había estado comprometida con un primo suyo durante cinco años. Era muy joven. Luego, de la noche a la mañana, se había casado con otra y se había instalado en Italia. Ella había esperado un lustro para nada. Algunos años después, se habían vuelto a ver en el pueblo, en Túnez, durante las vacaciones. Su primo se quería divorciar y casarse con Dalia,

decía que había cometido un error y que la amaba. Demasiado tarde. Aquello, más que halagarla, la había entristecido. Aquella espera en vano, todo aquel embrollo... ¿Debería de haber aprovechado la oportunidad? ¿Ser finalmente feliz? ¿Hacerlo feliz a él? ¿Le amabas todavía en aquel momento? Tal vez. Un poco, sí. Pero él, en cierto modo, la había traicionado. Y además tenía hijos y a ella le parecía cruel separarlos de su padre. No, era demasiado tarde.

Había trabajado en Chipre y en Turquía antes de aterrizar en Siria, en casa de una familia italiana. Se encontraba muy bien con ellos, no la hacían trabajar demasiado, incluso quisieron llevársela consigo a Italia cuando tuvieron que volver, pero en aquella época Dalia tenía miedo de irse a vivir a Europa, no sabía muy bien por qué. Ahora lo lamenta. Ahora tiene treinta y cinco años. Lleva diez en Damasco. No le gusta demasiado, pero tiene trabajo.

—En Túnez la sociedad es más abierta que aquí, pero no quiero volver. Mis hermanos me proponen a menudo que vaya a vivir con ellos, pero sé que mis cuñadas me tratarán como a su criada con la excusa de pedirme un favor; estaría en *su casa* y no en la mía; no quiero problemas, ni que mis sobrinos me detesten si surge algún conflicto con sus madres.

—¿Y después de la historia con el tunecino?

—Después, nada.

—¿Y los sirios?

—Si te acuestas con un sirio, él cree que te acuestas con cualquiera, ya no te respeta y a la primera ocasión te deja tirada como una perra. Tengo algunas amigas que han pasado por eso.

Me pregunté si ella también habría tenido que pasar por esa triste experiencia.

Dalia antes trabajaba en otro hotel, hacía las habitaciones, se ponía unos shorts para trabajar, era más cómodo, no

unos shorts demasiado cortos, además hacía calor en verano, y uno de sus colegas la tomó por una presa fácil, empezó a rondarla, a hablarle con excesiva familiaridad, y cuando ella lo puso en su sitio, se volvió casi insultante, trató de poner a los demás en contra de ella y el patrón tuvo que defenderla, sabía que Dalia no hacía nada malo, que no había nada provocativo en su comportamiento.

—¡O a lo mejor es que al patrón le gustaban mis piernas! Soy árabe, me gustan los árabes, pero no me gusta su mentalidad con las mujeres, sobre todo aquí. Yo exijo que la gente me respete, la familia con quien vivo, mi propia familia, mis colegas, mis patronos. No pueden reprocharme nada; incluso si me veo obligada a mentir un poco, pues sino no comprenden nada, interpretan, juzgan.

Finalmente, descendemos un poco, en la carretera casi no hay luz, tiro de Dalia hacia un lado, saltando un pretil, hacia un terraplén de arbustos. Ella protesta, no puede entrar en semejante lugar, pero me sigue, la ayudo a trepar por la tierra y por la hierba, apartando algunas ramas, hasta un lugar más llano, más propicio. Se tumba conmigo, me dice que estoy loco, mientras ríe en voz baja, tiene miedo, si alguien nos viera... pero está oscuro, el trozo de carretera que queda más abajo no está iluminado, y únicamente las luces amarillas y verdes de Damasco brillan a lo lejos entre el follaje.

Es tarde, tiene algunas llamadas perdidas en su móvil: la casa de la familia donde tiene alquilada una habitación. Dalia sale muy raramente por la noche hasta tan tarde, son más de las doce, y suele avisar, no es que la controlen, únicamente se preocupan, aunque ella está tranquila.

Caminamos, nos hemos subido el cuello de la chaqueta, las guirnaldas de los restaurantes panorámicos han desapa-

recido tras una curva, los últimos coches descienden hacia Damasco, cada vez que vemos unos faros nos volvemos con la esperanza de que sea un taxi. Tenemos suerte, un coche amarillo viene en sentido contrario. Le hacemos una señal, frena, da media vuelta. Dalia le guía hasta un lugar todavía abierto para comer un kebab.

Tomamos por el zoco Midhat Pacha, desierto e inquietante con todas sus persianas metálicas bajadas, la calle se enrosca en su concha, encerrada en su misterio, obligándonos casi a guardar silencio y acelerar el paso para atravesarlas. Al acercarnos a la ciudadela vemos circular algunos coches y a algunos peatones con prisa por volver a sus casas. Algunos escasos vendedores ambulantes se obstinan en colocar su mercancía, o es que su clientela es nocturna, taxistas sin duda. Puede verse incluso, algo extravagante a esta hora, de pie delante de su canasto cubierto con lonas –donde hasta que anochece una nube de mujeres y chavales escarban en los montones de ropa de saldo–, a un vendedor con guantes de lana y gorro que nos invita al pasar con un gesto mecánico a mirar su mercancía. Dos policías de servicio hacen su ronda como si estuvieran paseando al perro. Todo está tranquilo. Dalia sube a un taxi. Nos miramos, aquí uno no se besa en la calle, ni siquiera en plena noche. Continúo a pie.

Al día siguiente, en el saloncito del hotel, como la víspera, Dalia me sirve el café. Tenía pensado volver a Latakia por la tarde, pero me quedé una noche más y fuimos juntos a un restaurante tunecino, un magnífico palacio damasceno cerca de Bab Sharqi, a tomar un cuscús y beber vino libanés.

Normalmente, cuando vengo a Damasco, suelo alojarme en un hotel barato, que chirría y está inclinado, en Sarouja, un barrio popular donde sólo dos o tres callejuelas sin as-

faltar se han salvado de la destrucción. Había llegado tarde y el hotel estaba completo. Con la mochila a la espalda, tomé por el puente peatonal que pasa por encima de la frenética avenida para ir a otro hotel que me habían indicado.

Estaba leyendo en la terraza del hotel cuando llegó una mujer con un barreño y me dio los buenos días. Me extrañó un poco que me hablara en francés.

—Soy tunecina. Mi compañera de la recepción me ha dicho que había un francés.

Mientras hablábamos la ayudé a tender la ropa. Cuando iba a salir, Dalia me invitó a tomar un té después de su trabajo. Terminaba a las cuatro. No podía ser, iba a comer con una amiga, más tarde tal vez. Me dio su número de móvil, si no tenía tiempo sería en otra ocasión.

Finalmente la llamé sobre las cinco y Dalia me acompañó por Damasco hasta un primer bar. Como yo ya lo conocía, insistió para que fuésemos a otro sitio, un lugar nuevo para mí. En el último piso de un bar restaurante, casi en frente de las estructuras metálicas que cubren el zoco, nos fumamos un narguile para dos. Dalia chupa de su chicha sin parar, como si quisiera atontarse, con la cabeza un poco ladeada, rodeada de humo, impregnada de humo, y se aturde con un auténtico placer. Cada vez que nos pasamos la pipa dice que hay que darse un golpecito en el dorso de la mano. ¿Por qué? Pues porque sí. Los golpecitos pronto se convierten en caricias. Nos besamos furtivamente en la sala vacía, aunque rodeada de espejos, donde los camareros no tienen nada mejor que hacer que contemplar su aburrimiento y mirarnos a hurtadillas.

El café termina por llenarse. Súbitamente, y sin que sus razones me queden del todo claras (¿disimular una turbación, inspirar confianza, necesidad de hacer confidencias, sugerir que no tiene nada que ocultar, esperar que yo haga

lo mismo?), Dalia abre su bolso, saca su contenido y me comenta uno a uno cada objeto, fotos, tarjetas de visita, documentos de identidad, una carta... Propongo que vayamos al monte Qassium.

–¿Por qué a Qassium?

–Dicen que la vista de Damasco es muy bonita desde allí.

–Entonces vamos, sí, es muy bonita.

Dalia regatea el precio con el taxista. Una vez llegados arriba, quiere esperarnos. Si nos negamos, a esta hora, corremos el riesgo de que sospeche algo. Dalia le dice que vamos a reunirnos con unos amigos y que ellos tienen coche.

Tenía ganas de ver Damasco desde lo alto y de noche, pero la idea del Qassium no era del todo inocente, Nisriin me había hablado de él durante la comida. Cerca del parque Al-Arsuzi, había escogido la terraza de un restaurante rodeada de rejas y de arbustos que la aislaban del bulevar. Detrás se veía, con sus horribles antenas rojas y blancas en la cima, el monte Qassium, devorado por las viviendas ilegales construidas de ladrillo en los diferentes éxodos, de campesinos, de refugiados palestinos o habitantes del Golán que huían de la guerra. Aquellas construcciones parecían haber crecido allí como esas plantas parásitas que colonizan un bosque, y durante el día, desde lejos, parecen agarrarse y fundirse entre los pliegues y colores de la roca. Sólo durante la noche, cuando se encienden las luces en las laderas del monte, la ocupación humana se hace evidente. Había preguntado a Nisriin si quería dar una vuelta por allí. Pero adoptó un aire desdeñoso y me dio a entender su negativa al modo sirio, levantando ligeramente el mentón, alzando las cejas, apretando apenas los labios –en el caso de Nisriin, medio enfadada medio sonriente, pero sin el pequeño chasquido de la lengua que solía acompañar su gesto. A las jóvenes sirias les gusta ostentar una mueca desdeñosa, con cierto encanto a veces, cuando

entran en una tienda, en un restaurante, mientras caminan por la calle, mientras tratan de comprobar que gustan. Rara vez sonreirán –un amago de sonrisa como respuesta a la amabilidad del camarero o del comerciante, jamás a un desconocido, tal vez al extranjero que osa dirigirles la palabra–, pues se interpretaría como una seña, rozando la desvergüenza.

–Pero la vista debe de ser bonita, ¿no?

–Sobre todo por la noche, pero pídele a Karim que te acompañe, no a mí.

–¿Por qué?

–¿Sabes quién suele ir allí? –Hago un gesto levantando las cejas a lo sirio–. Una chica que sube al monte Qassium con un chico, sabe todo el mundo por qué van allí; en cualquier caso nadie piensa que van por las vistas.

La comida es un poco aburrida, pues si Nisriin se siente a gusto al teléfono, lo está mucho menos cuando estamos cara a cara. Por teléfono, evidentemente, es más fácil soltarse y bromear. Le pregunto qué es lo que le pasa. Nada, está cansada, acaban de proponerle un curso para acceder a un puesto más interesante, está desbordada de trabajo, tiene que perfeccionar también su inglés, pero no dispone de recursos para pagarse las clases del British Council o del American Center, eso es para los ricos, y tiene que estudiar por su cuenta. Está empleada en un Ministerio. Antes se pasaba la mitad de la jornada hablando con los colegas, bebiendo té, comiendo pasteles, haciéndose las uñas, leyendo revistas, aburriéndose... Son tres para una sola plaza, con un sueldo mediocre, pero dos paradas menos. Adivino que hay algo más.

–¿Puedo hablarte con franqueza?

–Por supuesto.

–Es posible que me prometa.

–Pero ¡eso es una buena noticia! ¿Con quién?

–Con el doctor.

–¿El doctor que no es doctor?

–Sí.

Y al que llamaba “mentiroso” llorando por teléfono... Las cosas empiezan a tomar otro cariz. Ésa no es razón para poner esa cara. ¿Se habrá tomado en serio nuestros juegucitos por teléfono y ahora quiere poner un poco de distancia? No se puede negar, incluso bromeando, que ha habido seducción, atracción, algo que por lo demás le agradaba, y sólo ha dependido de ella que pasara o no algo, como suele decirse. Sin duda ha tenido la fantasía, el deseo, pero entre la fantasía y la realidad hay para ella un lecho infranqueable. Yo, como de costumbre, abro una puerta, pero dejo hacer, no fuerzo nada, no insisto, la puerta queda abierta... Nisriin prefiere quedarse en la entrada, echar una ojeada, hacer su voluntad.

Con el Doctor Búlgaro, Nisriin no está segura al cien por cien. ¿Está enamorada? Un poco, en fin, no está segura, se encuentra bien con él, hay una posibilidad. Suena a resignación, pero no olvido lo que ella me había confiado al teléfono. “La primera vez que lo vi, mi primer pensamiento fue: me gustaría hacer el amor con él. Era todo mi cuerpo quien sentía aquello. En cualquier caso, lo encuentro sexy. Es el único hombre por el que he sentido deseo nada más conocerlo.” Ahora hace varios meses que se conocen, últimamente sobre todo pasa a verla por el despacho, se van a comer juntos, y cada vez que ella lo ve, pasa lo mismo, la excita. No está mal.

–Tal vez no estés obligada a casarte con él si sólo es sexo.

–Sabes perfectamente que antes del matrimonio no haré nada.

–Qué lástima... ¿Y luego? Si funciona sexualmente, pero no lo demás, ¿qué harás?

No tiene respuesta. Lo que la preocupa sobre todo son las cuestiones materiales, él no trabaja de momento, y si se casan, ¿cómo harán para encontrar un alojamiento, y vivir decente y confortablemente? Nisriin no gana suficiente para los dos, así que no pueden casarse antes de que él encuentre un trabajo. La tranquilizo, sus padres tienen un apartamento vacío, podrían vivir en él. Ella ya lo ha pensado, pero es mejor si él tiene trabajo, sin trabajo hay pocas posibilidades de que sus padres accedan al matrimonio. Él ha estudiado en Bulgaria (por eso entre nosotros lo llamamos el Doctor Búlgaro), tiene una oferta de trabajo allí, pero Nisriin no quiere abandonar Damasco. Bulgaria, para las vacaciones, de acuerdo, para el viaje de novios Francia o Italia, pero para vivir, Damasco y únicamente Damasco. Al principio de conocerse, el Doctor Búlgaro estaba considerando irse, dudaba, aunque todavía no había nada entre ellos. Nisriin pensó que por qué no casarse con él si se quedaba, pero no le dijo nada, evidentemente, quería ver lo que hacía. Finalmente él no se fue, lo que significaba que la quería. ¿Por qué no casarse con él?

Cuando Karim me llevó a su casa, inmediatamente quedé prendado del encanto de su hermana, y de aquel nombre, Nisriin. Toda la familia se desvivía en atenciones conmigo, la madre me servía un té tras otro, Nisriin me pelaba una fruta, me ofrecía algún dulce, me daba conversación, traduciendo en ocasiones para sus padres, que no hablan inglés. Karim, en presencia de su familia, era menos locuaz y menos alegre, y aunque nadie estaba incómodo, yo me daba cuenta de que después de haberse opuesto a que se casara con Dalale, se había encerrado en sí mismo.

En ocasiones Karim dormía todavía o no estaba en casa, entonces yo me quedaba con Nisriin y su madre, y su tía se

reunía con nosotros. La vida se hacía, además de en la cocina, en el salón, la habitación donde estaba la estufa y la tele. Pasas directamente a él después de haberte quitado los zapatos en el pasillo. En la entrada hay un enorme frigorífico y enfrente, un perchero, a continuación se extiende el estampado de una inmensa alfombra. Encima, un aparador con la vajilla y la tele, un sofá, una silla de jardín de plástico, una mesa baja. A la derecha, sin puerta ni cortina, se abre la habitación de Karim y de su hermano, Wassim, con una cama a cada lado y el ordenador en el medio. Al fondo, dos habitaciones cerradas; en una de ellas no hay más que un mueble para guardar los objetos de plata y un colchón en una esquina, donde duermen los padres. Era allí, sobre la alfombra, después de haber extendido una tela encerada, donde habíamos comido todos juntos por primera vez. Al lado, la habitación de Nisriin, donde me gustaría estar a solas con ella a la hora de la siesta. Porque si apreciaba su amabilidad y los deliciosos platos que preparaba su madre, yo iba sobre todo por Nisriin, aunque no pudiéramos estar nunca a solas. Tal vez a eso se debiera el encanto. Las miradas. Nisriin sentada sobre los talones, cerca de la estufa, en vaqueros y jersey de mohair, mientras yo miraba su rostro en el cristal del aparador, haciendo como que miraba la tele, y veía cómo sus ojos pasaban de los míos a la pantalla. *Los ojos de una mujer son más elocuentes aquí que en cualquier otra parte, pues es todo lo que se puede ver de ellas en público.* Incluso cuando no llevan velo, y Nisriin no lo llevaba, y como está *prohibido* tocar, a menudo incluso está *prohibido* hablar (con un desconocido), queda la mirada, elocuente, sí, porque a veces no compromete a nada, es el riesgo sin riesgo, la mirada se ofrece de pasada, como un juego, para comprobar su seducción. Sin embargo, la mirada puede convertirse en